

**BREVE HISTORIA
DE LA REVOLUCIÓN
MEXICANA**

Francisco Martínez Hoyos



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Revolución mexicana*

Autor: © Francisco Martínez Hoyos

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: Fco. Villa y su estado mayor Creator: C.C. Harris
Foto Date: 1910-1917 Part Of: American border troops and the Mexican Revolution

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-707-1

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-708-8

ISBN edición digital: 978-84-9967-709-5

Fecha de edición: Mayo 2015

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-12225-2015

Índice

Introducción	11
Una realidad plural	12
Camino hacia la rebeldía	14
El reinado del caos	15
Una visión desde abajo	18
¿Una revolución sin ideología?	20
¿Una revolución campesina?	25
Legado ambivalente	29
Capítulo 1. México independiente	33
La independencia	34
Una república débil	44
Disensiones internas	52
Capítulo 2. El porfiriato	59
El tiempo de la prosperidad	61
Una democracia falseada	65
Los científicos	67
La inversión extranjera	71

Malestar social	73
La descomposición del régimen	79
Un derrumbe inesperado	85
Capítulo 3. El apóstol de la democracia	89
Proyectos de futuro	92
Las tribulaciones de un candidato	97
Comienza la revuelta	101
Triunfo militar, victoria pactada	105
La división de los revolucionarios	109
Capítulo 4. Un cambio insuficiente	113
Un presidente en medio del huracán	116
Las limitaciones de un liberal	123
Tierra y libertad	125
La ofensiva del gobierno	134
Villa, ¿bandido o héroe?	137
Capítulo 5. Todos contra Huerta.....	147
Otro general en el poder	151
El peso de la represión	155
La alternativa de Carranza	158
Disensiones tras la victoria	163
Capítulo 6. La nueva constitución.....	169
Alianza campesina	172
La decadencia del villismo	176
México invade Estados Unidos	182
A por los zapatistas	186
Al borde de la crisis total	188
La constitución más avanzada de América	189
Capítulo 7. El vientre de los ejércitos.....	197
Corrupción	204
Autodefensa de los civiles	208
Las soldaderas	210

Capítulo 8. El carrancismo	219
La violencia persistente	220
El espejismo civilista	226
El elegido de la Victoria	229
La pacificación	236
Capítulo 9. La refundación de México	241
Un país por cohesionar	246
Cambios y continuidades	251
Impacto internacional	260
Historia y memoria	262
Epílogo. La revolución de los extranjeros	271
Contra la intervención norteamericana	273
¡Viva Carranza!	276
El revolucionario que se desdijo	279
Una mirada femenina	281
Bibliografía	285

Introducción

La Revolución fue para México en el siglo xx lo que la independencia de España en el siglo xix: un momento fundacional, el factor que iba a determinar su evolución posterior. Marcó el inicio de un proceso de cambio, aunque aún está por dilucidar el alcance del mismo. De ahí que el período, en la memoria nacional, esté lleno de connotaciones positivas al representar, en palabras de Juan Ramón de la Fuente, antiguo rector de la Universidad Nacional de México, «la parte más valiosa de nuestra historia, la que descubre las acciones de quien ha buscado la igualdad, la justicia, la libertad y las instituciones que garanticen esos derechos para todos los mexicanos».

Esta imagen benéfica explica por qué, en cada ciudad del país, hay una calle que conmemora aquellos hechos, sinónimo de progreso en la conciencia colectiva. «Lo bueno es revolucionario, lo revolucionario

es bueno», escribió Enrique Krauze en su *Biografía del poder*. No es extraño, pues, que la historiografía haya dedicado a la revolución un sinfín de trabajos y debates académicos, a veces apasionados, sobre su naturaleza. ¿Fue una auténtica revolución, es decir, un proceso transformador de la sociedad, o sólo una gran rebelión, una *jacquerie* al estilo de las sublevaciones campesinas medievales, sangrienta y desorganizada?

La mitología ha impedido una comprensión exacta del período, más allá de voluntarismos políticos, de forma que se acaba juntando en el mismo panteón de héroes a figuras dispares como Madero, Zapata, Villa o Carranza, como si estos, en vida, hubieran luchado por la misma causa en lugar de enfrentarse a muerte. Nada de eso importaba porque se habían convertido en los santos laicos de una auténtica religión política, la que justificaba la legitimidad de la república mexicana como heredera de una lucha con perfiles de epopeya.

UNA REALIDAD PLURAL

La revolución estalló porque se acumularon muchos problemas sin resolver al mismo tiempo. De ahí que no podamos hablar de un único proceso, sino de muchos, dentro de una dinámica de extrema complejidad. Mientras algunos protagonistas se conformaban con garantizar una alternancia limpia en el poder, otros soñaban con modificar sustancialmente las estructuras económicas. La idea de un acontecimiento monolítico, es decir, de un acontecimiento que afectara a todo el país al mismo tiempo y de la misma manera, ya no puede sostenerse científicamente. Paul Garner, en su monografía sobre el caso de Oaxaca, señala que «las perspectivas regionales han demostrado que la génesis y la exégesis de la revolución en México no

fueron universales ni homogéneas, sino más bien un reflejo de la disparidad en el desarrollo regional en México durante el siglo XIX».

Hablamos de distintas circunstancias a nivel regional e incluso en función de cada municipio, tal como señaló Frank Tannenbaum. El maderismo, el zapatismo, el villismo o el carrancismo representan proyectos políticos diferentes, cada uno apoyado por distintos sectores sociales, con liderazgos enfrentados. En palabras de Enrique Florescano, «esa heterogeneidad de los movimientos sociales que participaron en la revolución, la diversidad en la conformación de los ejércitos, las diferencias profundas en los proyectos políticos, el antagonismo entre una forma moderna de representación política y las propuestas basadas en los derechos de las sociedades tradicionales, son una primera dificultad para caracterizar, con un concepto genérico, la realidad política y social de la revolución mexicana».

Por esta realidad multiforme, Macario Schettino ha llegado al extremo de afirmar que la revolución no existe como hecho histórico objetivo, sino como construcción cultural que, *a posteriori*, ya en época del presidente Cárdenas, proporciona «un sentido de continuidad a movimientos totalmente dispares».

En las últimas décadas, los estudios historiográficos han derribado las antiguas certezas y por ello es debatible hasta qué punto la revolución afectó al conjunto del país. Unas zonas participaron activamente, otras permanecieron al margen y sólo se vieron afectadas por imposiciones del exterior. En San José de Gracia, Michoacán, se veía a los alzados como a unos personajes ajenos, a los que se denominaba «fronterizos» porque se habían sublevado en la frontera norte.

¿Hablamos de un protagonismo del pueblo? Felipe Arturo Ávila señala una participación masiva

en las movilizaciones entre 1910 y 1920, pero, al mismo tiempo, nos indica que se trató de una «participación minoritaria, que no abarcó a la mayoría de la población». Pero, según el mismo autor, esta intervención habría sido «multitudinaria».

CAMINO HACIA LA REBELDÍA

La irrupción de las masas, fuera del alcance que fuera, hizo saltar por los aires más de treinta años de gobierno oligárquico. La dictadura de Porfirio Díaz, al bloquear los canales para la renovación de las élites políticas, suscitó un movimiento contrario a una nueva reelección del presidente a través de comicios amañados. La obcecación del gobierno, que hacía aguas, hizo imposible un acuerdo pacífico.

El empresario Francisco I. Madero lideró las protestas, pero la amplitud de las mismas iba mucho más allá de una simple revuelta de notables. Los campesinos y los obreros aprovecharon para rebelarse contra sus duras condiciones de vida, reclamando cambios en la estructura económica, al tiempo que exigían canales auténticos con los que hacer oír su voz. Los zapatistas, por ejemplo, defendieron la autonomía municipal como un artículo de fe. Fue su demanda más importante en el terreno político.

¿Hasta qué punto contribuyó la opresión a provocar el estallido social? Según Friedrich Katz, no existe correlación entre la explotación sufrida bajo la dictadura y la posterior actividad revolucionaria. El porfiriato no andaba escaso de limitaciones democráticas, pero al menos había conducido al país a una era insólita de estabilidad. Es posible, pues, que en la revolución no influyera tanto la tiranía como las expectativas de una clase media que anhelaba ocupar

su parcela de poder. En opinión de Jean Meyer, los revolucionarios no pretenden, en realidad, destruir la obra del antiguo régimen sino llevarla a su culminación.

Por otra parte, deberíamos conocer por qué ciertos grupos populares, como los peones de muchas haciendas, prefirieron continuar obedeciendo a sus amos en lugar de unirse a la insurgencia. Hay que estar prevenido ante una equiparación demasiado simplista entre la situación en la pirámide social y la actitud política, lo mismo que a la hora de identificar sin más revolución y movimiento popular. El hecho de que los obreros de la capital, encuadrados en los Batallones Rojos, se dedicaran a reprimir a los campesinos zapatistas, da a entender que la historia es más compleja de lo que muchas veces se pretende. Para decepción de los teóricos marxistas, los trabajadores urbanos y los rurales estuvieron lejos de ofrecer un frente común.

La cuestión, por tanto, sería qué es lo que llevó a México, en pocos años, a pasar de un régimen más o menos consolidado a una situación donde imperó la anarquía y el Estado nacional estuvo a punto de disolverse, en medio de un día a día en el que la muerte se volvía cotidiana. «Se acostumbraba la gente a la matanza», escribiría el pintor José Clemente Orozco.

EL REINADO DEL CAOS

Desalojado Díaz del poder en 1911, la revolución se extendió durante una década en la que se mezclaron las luces y las sombras, los anhelos de justicia social con las arbitrariedades de los señores de la guerra, capaces de decidir con un gesto el destino de vidas y haciendas.



El pueblo en armas. Mural en acrílico de David Alfaro Siqueiros, 1957-1965. Museo Nacional de Historia, Ciudad de México.

Madero asumió la presidencia, pero sus reformas resultarían demasiado radicales para unos y demasiado tímidas para otros. Ante la negativa de los grupos rebeldes a deponer las armas, la inestabilidad se convirtió en un mal crónico. Diversas facciones podían unirse frente a un enemigo común, pero después no eran capaces de ponerse de acuerdo entre ellas. Por esta razón, Pancho Villa y Emiliano Zapata fueron figuras de ámbito regional pero no tuvieron capacidad de plantear un proyecto a nivel de todo el Estado. ¿Fue por eso por lo que fracasaron? Hay quien piensa que Villa debió anteponer la revolución social al triunfo militar. Es posible, pero esta premisa se derrumba cuando observamos que Zapata,

precisamente por priorizar el reparto de la tierra, vio seriamente dañada su eficacia bélica.

El poder civil, mientras tanto, carecía de auténtica autoridad, por lo que todo un presidente, Eulalio Gutiérrez, no se atrevía a desafiar las decisiones de Pancho Villa por miedo a quedar públicamente en ridículo, si, como era muy probable, el guerrillero decidía ignorarlo.

México, por un tiempo, se convirtió en un Estado fallido donde no había más ley que la dictada por la fuerza. Si los sóviets fueron el elemento crucial de la Revolución rusa, en la mexicana, según el historiador David A. Brading, fueron los caudillos, respaldados por sus bandas armadas, quienes ejercieron el auténtico poder. Era el momento de hombres como Zapata y Villa, mal preparados en términos culturales, ya que apenas sabían leer y escribir, pero con pocos rivales a la hora de disparar y montar a caballo.

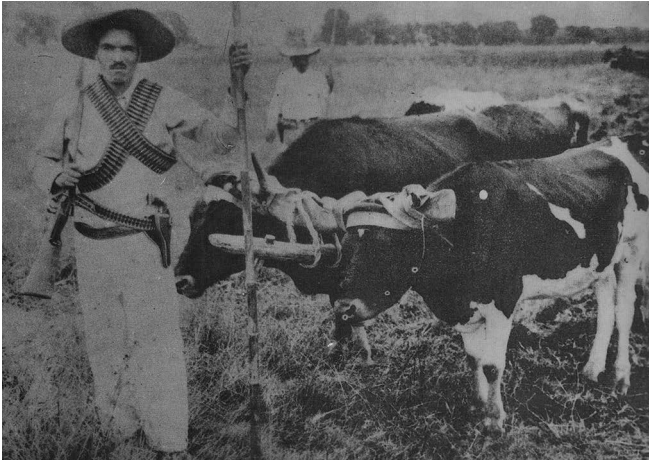
La justicia, en demasiadas ocasiones, acostumbraba impartirse de forma sumarísima. Álvaro Obregón, apenas entró en la capital, promulgó un bando en el que se amenazaba con la última pena a todos los que cometieran robos o violentaran de otras maneras el orden público. En *El águila y la serpiente*, Martín Luis Guzmán cuenta cómo un general ejecutó a un pobre hombre, tras exigirle un préstamo forzoso muy por encima de sus posibilidades. Sabía que carecía de recursos económicos, pero el verdadero objetivo era amedrentar a los ricos, que, tal como esperaba el militar, pagaron puntualmente después del ahorcamiento.

UNA VISIÓN DESDE ABAJO

Ante las demandas de los grupos subalternos, quedó claro que la constitución de 1857 era obsoleta. Por eso se convocó un congreso constituyente a finales de 1916, de donde surgió una carta magna que garantizaba entre otros puntos la educación obligatoria, la nacionalización de los recursos naturales o la separación de la Iglesia y el Estado. Así, a través de un pacto con los sectores populares, la burguesía emergente supo ampliar su base social.

Se ha tendido, en muchas ocasiones, a suponer que la actitud del pueblo llano, en aquellos años turbulentos, fue de pasividad. ¿Hasta qué punto es cierta esta imagen? ¿Cómo podemos sondear la opinión de los mexicanos anónimos? John Mason Hart ofrece una posible respuesta al señalar que las masas se involucraron activamente en la revolución. Para llegar a esta conclusión, este historiador no tiene sólo en cuenta los revolucionarios encuadrados en movimientos como el zapatismo, el villismo o el constitucionalismo. Fuera de ellos encontramos comunidades que protagonizan numerosos actos de revuelta, por ejemplo, asaltos contra las propiedades de extranjeros, sobre todo estadounidenses y mexicanos. La clave estaría en el largo historial de revueltas de estos grupos. Hart aboga por situar los acontecimientos, si queremos entenderlos, dentro de una larga trayectoria de rebeldía protagonizada tanto por los campesinos como por los trabajadores urbanos e industriales.

En cambio, llegamos a otra conclusión si partimos de los testimonios recogidos por otros dos historiadores ilustres, Luis González y Friedrich Katz, a través de un concurso. Solicitaron a la gente, sobre



Revolucionario mexicano. La imagen muestra cómo los combatientes dedicaban parte de su tiempo a las tareas agrícolas.

todo a la que vivía en un medio rural, que explicara su experiencia de la revolución en algunas páginas. La participación sobrepasó con mucho lo esperado: varios miles de personas. Contrariamente a lo que cabía suponer, la mayoría tenía un recuerdo traumático, equivalente al de alguna catástrofe natural como un terremoto o una alteración climática. Se demostró así, según González, el carácter impopular de «la llamada Revolución».

¿Visiones incompatibles? Tal vez no. Tal vez sólo puntos de vista parciales, cada uno con su parte de verdad. Hubo revolucionarios que lucharon por un cambio social y otros que empuñaron el rifle simplemente porque una facción les había privado de sus posesiones, dejándoles sin otro medio de vida que incorporarse a un ejército.

¿UNA REVOLUCIÓN SIN IDEOLOGÍA?

La tesis de la inconsciencia política, un auténtico lugar común, presenta a la mayoría de los mexicanos como los ciegos ejecutores de los designios de sus líderes. Desde esta óptica, la ausencia de proyectos definidos se reflejaría en una expresiva anécdota contada por el escritor Carlos Noriega Hope, quien en cierta ocasión le preguntó a un veterano de la revolución, un tal Antiparro, de qué partido era. Antiparro, después de pensarlo mucho, le dijo que no lo sabía: Él iba con el mayor Ramos. La respuesta da a entender una mentalidad premoderna, al remitirnos a un mundo en el que lo que cuenta es la fidelidad a un individuo concreto, no a una idea abstracta. Según Noriega Hope, la mayoría de los soldados de a pie hubiera dicho lo mismo si alguien se hubiera tomado la molestia de hacerles la misma pregunta. Lo único que contaba era el jefe, dueño de hacer y deshacer a su capricho, de cambiar de bando si le parecía, sin necesidad de consultar el parecer de sus hombres.

Se ha insistido mucho en que las grandes ideologías brillan aquí por su ausencia. Mientras la Revolución francesa contaría con una filosofía previa, la Ilustración y la Revolución rusa se basarían en la teoría marxista, la Revolución mexicana no se inspiraría en ningún programa político o económico. «La Revolución apenas tiene ideas. Es un estallido de realidad», dirá el poeta Octavio Paz. Por su parte, el historiador Daniel Cosío Villegas señaló la inexistencia de un «programa claro». Los referentes utilizados, como el nacionalismo, tenían significados difusos. Surgió así una peculiar mezcla que no se identificaba plenamente ni con el liberalismo ni con el socialismo, las dos grandes doctrinas, por entonces, en pugna a nivel mundial.

Se ha destacado también que tampoco encontramos a las grandes figuras de origen burgués y educación superior que en otros lugares ejercen el liderazgo, como Ho Chi Minh en Vietnam, Mao en China o Fidel Castro en Cuba. Tannenbaum afirmaba que, a diferencia de lo que había sucedido en Rusia, ningún Lenin elaboró las directrices teóricas de la sublevación mexicana: «No hubo grandes intelectuales que redactaran su programa, que formularan su doctrina, que trazaran sus objetivos». Adolfo Gilly coincidió con esta apreciación al apuntar que la rebeldía de los campesinos mexicanos «se inició sin un programa ni teoría previos». Krauze, a su vez, hizo notar que los revolucionarios no se agrupaban en torno a corrientes de pensamiento, como el socialismo o el nacionalismo, sino alrededor de personas. Los grandes Ismos del período tienen que ver, en efecto, con los líderes del momento: maderismo, zapatismo, villismo, carrancismo... No obstante, decir esto no es decir mucho ya que en la Revolución rusa, sin ir más lejos, se produce el mismo fenómeno: leninismo, trotskismo, stalinismo...

Los hombres de acción son siempre los que acaparan los primeros planos, dejando a los teóricos en la penumbra. A un Pancho Villa, por ejemplo, no lo guía un pensamiento demasiado profundo, sino una mezcla fascinante de impulsos justicieros y comportamientos brutales. Su alma, como dijo Martín Luis Guzmán, era la de un jaguar. La gente, si se acercaba, podía esperar razonablemente que le alcanzaran sus dentelladas. Pero, al mismo tiempo, podía ser un hombre preocupado por los más humildes, amante de los niños, tierno incluso.

Consciente de sus deficiencias culturales, Villa aceptaba que quienes luchaban y quienes gestionaban la victoria no tenían que ser las mismas personas. Aspirar a la presidencia del gobierno, por eso mismo,

ni se le pasaba por la cabeza. El país no podía permitirse un líder que fuera incapaz, por ejemplo, de tratar con los embajadores extranjeros o los congresistas cultos.

Zapata, a su vez, se interesaba también por cuestiones eminentemente prácticas. En cierta ocasión le explicaron qué era el comunismo, pero encontró repulsiva la idea de que otros compartieran con él la propiedad de la tierra. El anarquismo le inspiraba más simpatías, aunque sólo hasta cierto punto.

Algo de verdad hay en el retrato de un mundo ajeno al pensamiento. La ideología, para un hombre esencialmente pragmático como Obregón, no pasa de ser «literatura, versos en prosa». Es decir, algo que se utilizaba en función de las necesidades del momento. Como él, muchos revolucionarios carecieron de credo filosófico. Y si lo tuvieron, no lo hicieron explícito.

Sin embargo, el argumento, llevado al extremo, nos conduce a un callejón sin salida. Una revolución sin ideas o al margen de ellas equivale a un absurdo: no puede existir praxis sin teoría, ya sea implícita o explícita, elemental o elaborada. Arnaldo Córdova, en los años setenta, abogó por desterrar del debate académico la hipótesis de la ausencia de una filosofía. Sí la hubo, aunque en manos de intelectuales que no fueron filósofos propiamente dichos, personajes como Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Salvador Alvarado y Roque Estrada, entre otros.

La historiografía, por desgracia, no ha profundizado demasiado en los intelectuales de clase media que, como dijo Gloria Villegas, contribuyeron a dotar a la lucha «de un significado que no aparece propiamente en los caudillos». Tuvieron una importancia especial los maestros de primaria, en ocasiones consejeros de los jefes militares e incluso responsables de puestos del gobierno. Paul Garner nos recuerda que,

en la Oaxaca de 1911, cuatro de los más destacados rebeldes fueron profesores: Aguilar, Ortiz, Olivera y San Germán.

¿En qué consistió la ideología de los revolucionarios? Córdova apunta que algunos principios se tomaron del antiguo régimen: el desarrollo material entendido como crecimiento económico y la necesidad de un gobierno fuerte. Tras el fracaso democratizador del presidente Madero, el liberalismo se convertirá en un valor a la baja en beneficio de las soluciones autoritarias. Por otra parte, se coincidió en señalar, en la estela de Molina Enríquez, que el problema de la tierra constituía el principal reto al que se enfrentaba el país.

Los caudillos se hacían obedecer en la medida en que conectaban con las aspiraciones populares, resumidas por Pancho Villa en las memorias que dictó a Manuel Bauche: «Estamos peleando por nuestras vidas y por nuestros hogares; por la justicia y la igualdad, para traer una era de paz a la desdichada república de México, que tendrá que realizar la abolición de amos y esclavos y la evolución de una nación en la que no debe haber ni gran riqueza ni gran pobreza».

Para la gente más sencilla, se trataba, simplemente, de huir de la miseria ancestral. Un campesino descalzo se lo dijo al periodista John Reed: «La revolución es buena. Cuando concluya no tendremos hambre, nunca, nunca, si Dios es servido». Por desgracia, mientras aguardaban el fin de las turbulencias, los humildes carecían de alimentos y ropa.

Reed también habló con unos revolucionarios que le manifestaron su esperanza de que, tras la victoria, se suprimiera el ejército. Lo consideraban un instrumento de opresión, del que se había aprovechado la dictadura de Porfirio Díaz. Al ser preguntados sobre qué harían en caso de una invasión



El periodista estadounidense John Reed (1887-1920), autor de *México insurgente*, una de las grandes crónicas de la revolución.

norteamericana, no dudaron en responder que los derrotarían a fuerza de valor, al tener la ventaja de pelear por sus hogares y por sus mujeres.

El nacionalismo, por tanto, también es otro elemento de la revolución, expresado en la afirmación de la identidad propia frente a los extranjeros, sobre todo los estadounidenses. Este objetivo coexiste con otros, de distinta naturaleza, que adquieren más o menos protagonismo según el momento y el lugar. Al principio, todo pareció reducirse a evitar que un hombre, Porfirio Díaz, se perpetuara indefinidamente en el sillón presidencial. Sin embargo, el problema de la tierra saltó inmediatamente al primer plano, de forma que hasta líderes moderados como Venustiano Carranza reconocían, más o menos a su pesar, que el país necesitaba cambios.

¿UNA REVOLUCIÓN CAMPESINA?

Como portavoz del movimiento campesino, el zapatismo acostumbra a ser interpretado como la esencia de la revolución, pero lo cierto es que sus seguidores plantearon su lucha en términos locales, desprovistos como estaban de un proyecto de Estado, entre otras razones por la ideología rural que les hacía desconfiar del mundo de las ciudades. Lo suyo, más que una revolución moderna, era una revuelta tradicional. John Womack, en *Zapata y la Revolución mexicana*, subraya esta dimensión: «Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución».

Tampoco es exacto que el zapatismo sea el único movimiento revolucionario genuinamente agrario. Es posible hallar otros ejemplos, como el de los indios yaquis de Sonora, que sirvieron en las filas maderistas y constitucionalistas. Características similares presenta el movimiento que encontramos en Sinaloa, también protagonizado por indígenas. La misma problemática se halla presente en Cuencamé, donde los indios ocuilas habían visto cómo ciertos latifundistas se apoderaban de sus tierras.

En Veracruz, asimismo, detectamos una importante agitación de signo rural. Allí, según el cónsul de Estados Unidos, la cuestión agraria constituía el principal motivo de inquietud. Para la población autóctona resultaba intolerable que gente foránea pudiera adquirir propiedades, rompiendo así con la tradición de que sólo los habitantes de la zona disfrutaran de las tierras de sus antepasados.

No obstante, según Héctor Aguilar Camín, sería un error identificar la revolución con un programa agrario vinculado a zonas del sur. Se trataría, por el

contrario, de algo que bajó desde el norte. ¿Debemos revisar el paradigma que hace de la tierra el motivo básico de las movilizaciones? Para los críticos de la historia tradicional, los verdaderos dirigentes revolucionarios fueron gente de extracción burguesa, capaces de atraerse el favor del pueblo –más bien del populacho–, en función de sus intereses. Las clases subalternas tendrían un papel secundario, siempre a remolque de otros grupos.

Este «revisionismo» no ha generado unanimidad en la comunidad historiográfica. Para Alan Knight, por ejemplo, está claro el protagonismo de las masas campesinas en el proceso de cambio. Sin ellas no se explica la caída de Porfirio Díaz, ni la posterior derrota de Huerta. Habría que distinguir entre el campesinado con un cierto grado de control sobre la tierra, que se rebeló para evitar que la propiedad cambiara de manos, y los simples peones.

A Knight no le faltan razones. A principios de 1912, el anarquista Ricardo Flores Magón constataba que todos los periódicos mexicanos, fuera cual fuera su tendencia política, estaban de acuerdo en un punto: el movimiento agrario constituía la espina dorsal de la revolución. Nadie discutía que, entre todos los problemas, el de la tierra fuera el más urgente. Sin embargo, una cosa eran las declaraciones teóricas y otra las realizaciones prácticas. El gobierno, ocupado en esos momentos por el maderismo, no dejaba de verse limitado por su origen burgués. De ahí que empleara medios que a Magón le parecían demasiado mezquinos. En su opinión, constituía un contrasentido buscar soluciones sin atreverse a cuestionar el derecho de propiedad de la clase terrateniente.

La burguesía podía ser timorata, centrada más en los derechos políticos que en los sociales, pero la realidad iba por delante de sus expectativas. Mientras

en la capital se discutían planes para realizar expropiaciones con indemnización, las masas campesinas actuaban y ocupaban tierras. Y lo hacían, como escribía Magón, «sin pedir permiso al que llaman dueño ni enviar comisiones a la Ciudad de México».

A diferencia de la Revolución francesa, la mexicana sería un fenómeno esencialmente rural, aunque eso no significa que no existieran zonas campesinas, como Aguascalientes o Nuevo León, que permanecieran en calma. Bien porque los terratenientes tenían demasiado poder como para ser desafiados, bien porque las comunidades agrarias aceptaran el *statu quo*.

Hay que buscar, pues, las circunstancias particulares de cada caso. En Silao (Guanajuato), los pequeños propietarios se vieron arruinados por las reformas agrícolas. Tras gastarse mucho dinero en electricidad para mejorar el sistema de irrigación, la caída de los precios agrícolas les hundió. Eso explica que se unieran a las tropas de Pancho Villa con entusiasmo. Así, a través de la incorporación al ejército, podían escapar de los bancos con los que se habían endeudado.

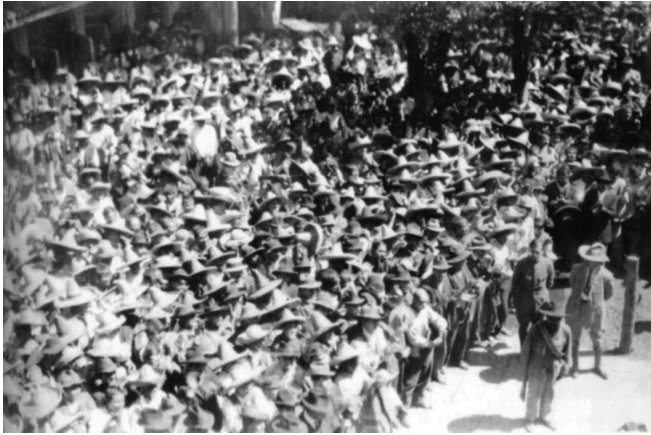
En el Estado sureño de Tabasco, los propietarios también van a ser los protagonistas. No eran los clásicos hacendados, como dice Gloria Villegas, sino empresarios dotados de un «cierto sentido progresista», interesados en vincularse al comercio internacional, algo que en su caso implicaba, básicamente, formar parte del tráfico bananero de la región.

¿Cuál fue, mientras tanto, la actuación de las ciudades? Según Knight, desempeñaron un papel más bien exiguo. El proletariado industrial, lejos de la vanguardia que le adjudicaban los teóricos marxistas, «apenas participó en la retaguardia». Los obreros de Puebla y Veracruz decepcionaron las esperanzas puestas en ellos.

Si una cosa se deduce del examen de la documentación, es la complejidad de los conflictos del México de principios del siglo xx, demasiada para reducirla a una fórmula fácil. Los antagonismos no respondían sólo a enfrentamientos de clase, también a rivalidades geográficas, lo mismo entre regiones distintas que entre la ciudad y el campo. Así, los zapatistas, a ojos de los tlaxcaltecas, no pasaban de simples bandoleros que incursionaban en su territorio cometiendo toda clase de tropelías. Tales desmanes provocaban considerables daños en la actividad económica, al paralizarse los medios de transporte y dificultarse el abastecimiento de las fábricas y los comercios. Ese era el efecto que tenían los ataques de los hombres de Zapata contra el ferrocarril que unía Veracruz con Ciudad de México. La población civil, mientras tanto, sufría un abuso detrás de otro. Según Blanca Esthela Santibáñez, se multiplicaban sus quejas por el robo de animales de carga, de corral y de pastos.

Por otra parte, todos los bandos en conflicto estaban interesados en incorporar a sus tropas a la mano de obra fabril, de manera voluntaria o no, con el consiguiente perjuicio para la actividad productiva. Para los trabajadores, unirse a un grupo armado implicaba una posibilidad de mejoría económica en un contexto de crisis, en el que proliferaban los cierres de empresas, dentro de una situación de permanente inseguridad. De esta manera sus familias tendrían recursos con los que subsistir.

Mientras tanto, aquellos que permanecían en las fábricas no parecían interesados en subvertir el capitalismo, sino en obtener pequeñas mejoras en sus condiciones de vida. Seguían una estrategia «economicista», según decía, peyorativamente, la izquierda radical.



Zapatistas. Su revuelta encarna el agrarismo más radical de la Revolución mexicana.

LEGADO AMBIVALENTE

Nos encontramos, como hemos visto, ante un país en plena efervescencia, en el que todo parece cuestionarse. La historia de estos años convulsos no ha de ser solamente militar y política, sino lo suficientemente amplia para abarcar todas las dimensiones de un puzle de extraordinaria complejidad. En el aspecto económico, las continuas guerras civiles devastaron el país, tanto por las pérdidas humanas como por la destrucción de recursos materiales; con pérdida de infraestructuras ferroviarias, minas, industrias...

A nivel social, se hace preciso conocer las experiencias de los campesinos, de los soldados rasos y de sus célebres compañeras, las míticas soldaderas, que no dudaron en empuñar el fusil.

A nivel cultural, la influencia revolucionaria resultó decisiva en ámbitos como la pintura, de la mano de los muralistas, o la literatura, con la aparición de novelas como *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Tampoco podemos prescindir de la conflictividad religiosa, expresada en un anticlericalismo militante que se manifestó de mil maneras, desde la quema de confesionarios al fusilamiento de imágenes sagradas o la conversión de los templos en cuarteles. Se alentó así, como reacción, la revuelta de los católicos conservadores, que alcanzaría una considerable amplitud en la guerra de los cristeros.

El largo proceso de luchas desembocó en la institucionalización de un Estado autoritario bajo la égida del PRI (Partido Revolucionario Institucional). Para Krauze, el resultado de tantos años de enfrentamiento fue una «monarquía con ropajes republicanos», en la que un presidente con inmensas atribuciones no podía ser reelegido pero sí imponer a su sucesor. Tal construcción autoritaria, según Krauze, no se hallaba demasiado distante del pasado virreinal. El hecho decisivo, en su opinión, lo constituía el ejercicio personalista del poder, una lacra que persistía con cada cambio de régimen.

Mario Vargas Llosa, el célebre escritor peruano, dijo que el régimen priista era «la dictadura perfecta». Su opinión contrasta con la de Knight, que prefiere hablar de «Leviatán de papel»: el Estado surgido de la revolución, a su juicio, tuvo mucho menos poder del que aparentaba. Era un gigante con los pies de barro incapaz, en ocasiones, de imponer sus reformas como sucedió con la política fiscal del presidente Echeverría en los años setenta.

La discrepancia entre el novelista y el historiador demuestra la ambivalencia de un proceso sobre el que se han escrito miles de libros, pero aún presenta

profundos interrogantes, sobre todo por su naturaleza contradictoria, a la vez autoritaria y subversiva. La revolución ha servido tanto para legitimar a la burocracia corrupta del PRI como para inspirar discursos insurgentes. Tenemos la mejor prueba en el alzamiento campesino de Chiapas, en 1994, que invocó la figura de Emiliano Zapata. La vigencia del caudillo de Morelos en el imaginario de la izquierda evidencia cómo las luchas campesinas de principios del siglo xx, lejos de ser un mero recuerdo, siguen aportando un punto de referencia para los movimientos populares.

1

México independiente

Para algunos, el origen de la Revolución mexicana se reduce a la vejez de Porfirio Díaz. A sus ochenta años, el dictador había perdido facultades, por lo que no pudo mantener el país bajo su control. Naturalmente, esta teoría peca de un simplismo extremo porque las consecuencias son demasiado desproporcionadas para las causas. Sin negar la importancia de la senectud del dictador y de la crisis sucesoria, entender la revolución supone tener en cuenta las contradicciones acumuladas en el siglo transcurrido desde la independencia de España: por un lado, aspiraciones de justicia y democracia; por otro, la realidad de un sistema autoritario que mantiene una desigualdad insostenible. En palabras de Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, la sociedad que presencia el estallido insurreccional de 1910 no es sino una «hija contrahecha del proyecto liberal». Vayamos, pues, a diseccionar la

conflictiva configuración del Estado republicano, sometido a la tensión permanente entre la tradición y la modernidad.

LA INDEPENDENCIA

Cuando constituía el virreinato de la Nueva España, México era el territorio más rico de la América hispana. Pese a los elevados impuestos y la prohibición de comerciar con el extranjero, el crecimiento de su economía había sido considerable. Esta tendencia, sin embargo, experimentó un freno considerable a principios del siglo XIX. Las guerras con Inglaterra supusieron un duro golpe para el tráfico comercial con la metrópoli, a lo que había que añadir la crisis de subsistencia que azotó la región a partir de 1808. El encarecimiento de los productos básicos, como el maíz, golpeó duramente a las clases populares.

Según la historia tradicional, la independencia mexicana arranca en 16 de septiembre de 1810 con el Grito de Dolores, el pueblo donde era sacerdote Miguel Hidalgo, el cura ilustrado que encabezó una rebelión campesina al grito de muerte a los gachupines, es decir, a los españoles y al mal gobierno. A Hidalgo se le apreciaba por su preparación teológica, pero sus feligreses criticaban lo licencioso de sus costumbres: le gustaba el juego, trataba a las mujeres con demasiada libertad. Se decía, también, que bordeaba a la herejía. ¿Acaso no había negado la existencia del Infierno? Por todo ello, la Inquisición le tuvo en su punto de mira, aunque las denuncias no llegaron a concretarse. Hidalgo tenía muy buenos amigos entre las autoridades eclesiásticas.

La crisis económica le había golpeado duramente, al colocarle al borde de la ruina. Su hermano

Manuel, acorralado por los problemas financieros, perdió la razón y no tardó en morir. Estas trágicas circunstancias personales le predispusieron en contra del gobierno colonial, en el que veía la fuente de la opresión que había sufrido México durante trescientos años. Sin embargo, en el momento de rebelarse, sus partidarios daban vítores al rey Fernando VII. ¡Extraña manera de empezar un movimiento de liberación nacional! La posibilidad de que la Corona y la libertad resultaran incompatibles no se tenía en cuenta...

En esos momentos, el monarca estaba prisionero en Valençay. Dos años antes, Napoleón había invadido España y depuesto a los Borbones. El vacío de poder iba a tener en los territorios americanos del Imperio profundas consecuencias. Muchos consideraron que, en ausencia de Fernando, la soberanía volvería al pueblo, por lo que era el momento de que los ayuntamientos tomaran sus propias decisiones. Para los autonomistas, lo normal era la creación de una Junta al estilo de las que se habían creado en la península para oponerse a los franceses. ¿Acaso no era México un reino más de la monarquía, equiparable en todo a los de la España europea? Los absolutistas rechazaban tajantemente esa pretensión. Dentro de su visión del mundo, América se limitaba a procurar a la metrópoli remesas de plata y un mercado para sus productos.

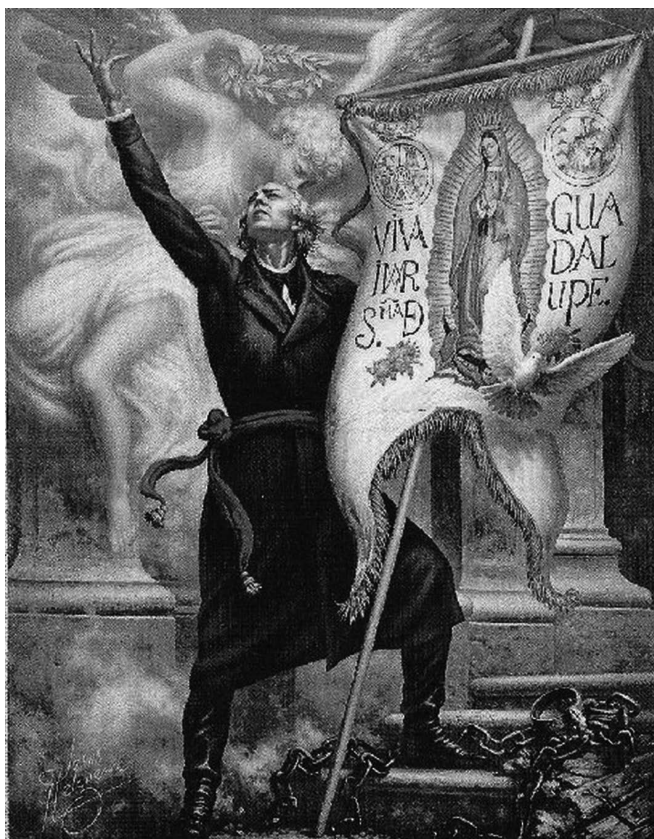
Los motivos de descontento tenían que ver con la pugna entre criollos y peninsulares, pero la frontera entre ambos sectores no era la única que separaba a los mexicanos. Más profundo era el antagonismo racial entre blancos e indígenas. Hidalgo conocía bien a estos últimos: hablaba su lengua y se había dedicado a enseñarles artes y oficios. Por eso no tuvo problemas a la hora de conseguir que le siguieran. Una masa de campesinos y artesanos, con un

armamento muy rudimentario, palos e instrumentos de labranza en su mayoría, se preparó para la lucha. La multitud confiaba en la protección de su patrona, la Virgen de Guadalupe, símbolo de la mexicanidad, frente a la amenaza de los franceses, encarnación de los principios revolucionarios.

En la práctica, el movimiento adquirió un contenido antiespañol, sobre todo porque a los peninsulares se les suponía afrancesados y, por tanto, enemigos de la fe. Un lugarteniente de Hidalgo, Juan Aldama, lo explicó con claridad al decir que los suyos luchaban «por una santa libertad, que no libertad francesa contra la religión». Se trataba, pues, de ensayar un camino hacia la modernidad que no implicara, igual que en Francia, una ruptura con la Iglesia católica. No en vano, el bajo clero se hallaba comprometido con la insurrección, tal como apunta Brian Hamnett: «Los párrocos locales, más como individuos que como grupo, contribuyeron sustancialmente a la legitimación de la rebelión en un momento de dislocación económica y social, y le proporcionaron liderazgo». Según una estimación, cerca de un párroco de cada doce respaldó a los sublevados.

La burguesía criolla, mientras tanto, no pensaba aún a la independencia. No podía hacerlo porque necesitaba a la metrópoli para que la protegiera de los sectores subalternos, sobre todo de los indios y los esclavos, que en cualquier momento podían rebelarse a sangre y fuego. Por ello, su aspiración no era la ruptura con Madrid sino la autonomía, para aumentar así su control de la economía y del aparato administrativo. Esto último significaba facilitar que sus miembros ocuparan los cargos públicos en lugar de los peninsulares.

Hidalgo, en un primer momento, consiguió diversas victorias y fue proclamado Generalísimo



El cura Hidalgo (1753-1811), héroe de la independencia mexicana, con un estandarte de la Virgen de Guadalupe.

de las Américas. Amenazó seriamente a Ciudad de México, pero ordenó la retirada sin que se conozca a ciencia cierta el motivo. ¿Falta de apoyo de los indígenas? ¿Temió, quizá, que lo rodeara el ejército del

virrey? Tal vez influyera en su ánimo la deserción de buena parte de sus tropas. Quedaba claro así que una victoria inmediata era imposible.

La insurgencia adquirió el aspecto de una profunda revolución social, con reformas radicales como la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo indígena. Se garantizó a los indios, además, que sólo ellos podrían cultivar las tierras comunales.

El movimiento insurreccional, por desgracia, tenía un lado oscuro, el de los saqueos y las muertes. La masacre de Guanajuato se convirtió en el símbolo de lo que parecía, más que una guerra de liberación nacional, un conflicto racial contra la clase blanca y propietaria. Ante los desórdenes, un importante sector de criollos rehusó adherirse a los rebeldes y vio en el apoyo a la Corona la única forma de protegerse contra el baño de sangre. Era una opción pragmática, no ideológica, de gente que en realidad deseaban el autogobierno. Un general realista, Calleja, observó lúcidamente que si los rebeldes hubieran explotado este sentimiento, habrían conseguido la independencia sin que nadie hubiera podido evitarlo. Se produjo así la paradoja de que los primeros patriotas, en lugar de acelerar la libertad nacional, sólo consiguieran retrasarla.

La revuelta había escapado del control de Hidalgo, al que le faltaba visión política pero sobre todo, talento militar. Su torpeza estratégica provocaría finalmente el desastre: en la batalla de Puente Calderón, apenas cinco mil realistas, pocos pero disciplinados, se bastaron para aplastar a cerca de noventa mil adversarios. Hidalgo, capturado mientras huía, acabaría ante un pelotón de fusilamiento.

Al año siguiente, 1812, la proclamación de la Constitución de Cádiz introdujo un régimen liberal. En México, como en el resto de la América

española, las novedades de las Cortes de la capital andaluza se seguían con expectación. Varios diputados novohispanos habían partido hacia la península, como Miguel Guridi, José Miguel Ramos Arizpe o José Miguel Gordo, entre los liberales; y Antonio Joaquín Pérez y José Cayetano de Foncerrada, entre los absolutistas.

Los criollos, por desgracia, no vieron reconocida su plena igualdad con los peninsulares. El nuevo sistema les otorgaba una representación política parlamentaria por debajo de su peso demográfico. En España se podía afirmar que el país se componía de la reunión de los españoles de ambos hemisferios, pero otro asunto era sacar todas las consecuencias de este artículo de la Carta Magna. La oligarquía de Cádiz, decidida a conservar sus ventajas comerciales, puso todos los obstáculos a la equiparación entre las tierras de ambos lados del Atlántico.

En México, el lugar de Hidalgo había sido ocupado por otro patriota legendario, también sacerdote pero esta vez con talento estratégico, que le permitió sacar más provecho de un ejército menos numeroso. Se llamaba José María Morelos. Sus conquistas se sucedieron: Chilpancingo, Tixtla, Chilapa... En la primera de estas localidades, inauguró un congreso en 1813 en el que proclamó la libertad de América y la soberanía popular. Una nueva Constitución, inspirada en la de Cádiz, se promulgó en Apatzingán.

Morelos, que había adoptado el título de Siervo de la Nación, abolió las diferencias raciales y la esclavitud, mientras introducía un impuesto sobre la renta. También se manifestó a favor de repartir tierras confiscadas a los ricos entre los trabajadores. Sin embargo, cura a fin de cuentas, no cuestionó los privilegios de la Iglesia ni su derecho a cobrar

diezmos. Su moderación en este punto buscaba atraer a su causa a los criollos, objetivo que se saldó con un fracaso completo. Tampoco le fue posible continuar con su cadena de victorias, vista la efectividad de las tropas realistas, constituidas, en su mayor parte, por mexicanos, criollos o mestizos. Apresado, fue condenado a muerte.

Aunque parecía que la causa patriota se había hundido definitivamente, la metrópoli no recuperó plenamente su antigua autoridad. En 1820, el inicio en España del Trienio Liberal supuso la oportunidad definitiva para la proclamación de un México independiente. Para empezar, porque los nuevos aires de libertad implicaron la excarcelación de muchos patriotas y la aparición de nuevas publicaciones subversivas. Se ha señalado que un sector de los españoles apostó por la secesión, ante el peligro de que la Constitución de Cádiz les despojara de sus privilegios. La Iglesia, por ejemplo, temía que el radicalismo anticlerical de los liberales peninsulares supusiera una limitación a sus prerrogativas. El historiador Timothy Anna, sin embargo, apuntó una tesis distinta: la independencia no fue un movimiento contrarrevolucionario porque los mexicanos respaldaban en su mayoría el régimen constitucional. El problema era otro: los constantes vaivenes políticos de la metrópoli, escindida entre absolutistas y liberales. En este contexto inestable, si algunos españoles apostaron por la secesión, fue porque no veían otra manera de garantizar la vigencia de las disposiciones constitucionales. Según Anna, eran moderados si se les comparaba con revolucionarios como Hidalgo y Morelos, pero eso no significa que fueran ultraconservadores. Por su parte, Brian Hamnett señala que la miopía de los liberales de la península, al propugnar para el imperio una solución unitaria, arrojó en brazos del separatismo a muchos

que hubieran preferido para México un marco autónomo en lugar de la ruptura con la metrópoli. La independencia, para ellos, se convirtió en el único camino para intentar recuperar el esplendor del antiguo virreinato. Se dio así la paradoja de que acabaran haciendo causa común con unos revolucionarios que también se enfrentaban a España, sólo que en nombre de un proyecto de igualdad social que les resultaba completamente ajeno.

Estos independentistas de nuevo cuño se agruparon bajo el liderazgo de Agustín de Iturbide, un militar que se había distinguido en la lucha contra los rebeldes, en las que había ganado una batalla tras otra aunque al precio de una extraordinaria crueldad. Ahora, resentido porque no encontraba en la Corte el reconocimiento que creía merecer, veía la oportunidad de cambiar de bando. A través del Plan de Iguala, propugnó convertir México en una monarquía católica bajo un monarca borbónico. La idea garantizaría tres aspectos fundamentales: el predominio del catolicismo, la independencia política y la unión entre españoles y americanos. Las propiedades quedarían aseguradas y se confirmaría en sus cargos a los funcionarios gubernamentales que apoyaran el plan.

Surgió entonces la bandera que, con pequeños cambios, es todavía hoy la enseña mexicana: el blanco simboliza la pureza del catolicismo, el verde la independencia y el rojo la herencia española. El conocido como último virrey, O'Donoju, cuyo título auténtico era el de Capitán General, no pudo hacer nada salvo reconocer el carácter irreversible de los acontecimientos.

La torpeza del gobierno español no conocía límites. En una situación evidente de debilidad, lo razonable hubiera sido aprovechar la ocasión para